

La identidad de los fieles ceferinianos y la (re)construcción del lazo social.

Jorgelina Bizai.

Cita:

Jorgelina Bizai (2004). *La identidad de los fieles ceferinianos y la (re)construcción del lazo social*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/241>

La identidad de los fieles ceferinianos y la (re)construcción del lazo social.

Jorgelina Bizai_linabizai@yahoo.com.ar

Introducción

Este trabajo fue realizado en el marco del Proyecto de Investigación UBACyT “Hermenéutica de los Símbolos Populares”, dirigido por el Prof. Rubén Dri. En pocas palabras, las investigaciones que se llevaron adelante pretendían dar cuenta de cómo se construye la identidad de los sujetos en torno a los símbolos populares. Mi incorporación al grupo de investigación en Septiembre del 2002 se produce en un momento en el cual mis compañeros han avanzado en sus investigaciones, presentándose en las V Jornadas de Sociología en Noviembre del 2002. Y al poco tiempo se publica “Símbolos y fetiches religiosos” que recopila la primera parte de los trabajos.

En este contexto, decido elegir a Ceferino Namuncurá, que, casualmente, también era uno de los símbolos que había quedado sin trabajar. En realidad, la elección tiene que ver con una razón bastante sencilla, y es que Ceferino era de la región de donde soy oriunda, por lo tanto, poseía algunos conocimientos sobre el tema.

De esta manera, el trabajo de investigación tiene por objeto de estudio a los fieles ceferinianos, es decir, aquellas personas devotas de Ceferino Namuncurá, y pretende dar cuenta de su caracterización, y cómo se construye la identidad de los mismos, entendidos como sujeto colectivo.

Preciso es decir que este trabajo enfatiza dos ejes, a saber, el tema de la identidad y el tema de la “(re)construcción” del lazo social. Cuando hablamos de “(re)construcción”, utilizamos un juego de palabras, que puede leerse en dos sentidos. Por un lado, la “construcción” apunta a construir algo desde cero. Y la

“(re)construcción”, se refiere a construir algo sobre una base ya existente. De ahí, la importancia de la memoria. Ambos tipos de construcciones son válidas, no se trata de deshechar una por otra, puesto que las dos apuntan a construir, lo cual es el primer paso hacia la transformación de la realidad. En realidad, existe una relación dialéctica entre una y otra utilización del término. De esta lectura y análisis del sujeto colectivo, podremos ver que la conformación de este sujeto social sobrepasa la estructura del sujeto individual, y que, a su vez, nos habilita a pensar que esta primacía del sujeto social por sobre el particular no sea de carácter efímero ni esporádico, sino que alentamos la esperanza de su permanencia y vigencia en el tiempo.

Breve reseña histórica sobre la vida de Ceferino Namuncurá

Antes de proceder en la caracterización de los fieles ceferinianos, es preciso realizar una breve síntesis de la vida de Ceferino Namuncurá. Aquí también resulta interesante poder contraponer la historia oficial (que repite las mismas “increíbles” anécdotas en numerosas biografías que datan de fines de los 60’, en su gran mayoría) con la historia no oficial, que sustenta el Pueblo Mapuche y gran parte de los fieles que no creen en el discurso o visión dominante.

Ceferino nació el 26 de Agosto de 1886 en el territorio donde estaba asentada su comunidad, y donde hoy se encuentra el pueblo de Chimpay, en la provincia de Río Negro.

Su papá era el *logko* Manuel Namuncurá, uno de los descendientes directos de Juan Calfucurá, que fue un gran jefe guerrero, un *toki*, de la época de la resistencia. A Namuncurá le delegó el mando militar, y le tocó vivir la peor etapa de la invasión, cuando el Ejército fue más fuerte, y el Pueblo Mapuche se vió replegado ante el

avance y el dominio del blanco. Así fue como Namuncurá tuvo que pactar con el Ejército.

Es preciso recordar que en 1880 el Gral. Julio A. Roca había llevado adelante su plan estratégico y nefasto denominado la “Conquista del Desierto”, que consistió en el avance sobre la Patagonia, apoderándose de los ricos y extensos territorios que necesitaban los grandes terratenientes. De esta manera, la apropiación de la Patagonia se realizó a costa de cometer la terrible matanza de los Pueblos Originarios que allí habitaban. No sólo fue un genocidio, sino también un etnocidio. Una gran parte de esta tarea etnocida estuvo en manos de los misioneros, quienes debían desterrar las creencias paganas de los Pueblos Originarios, lo cual constituye sin lugar a dudas la negación de la otredad, el no reconocimiento de la diversidad cultural, y, por ende, la sumisión a la cultura dominante. En palabras de Pierre Clastres: “La actitud etnocida es más bien optimista precisamente en esto: el Otro, que desde un principio es malo, es perfectible (...) Quebrar la fuerza de la creencia pagana es destruir la sustancia misma de la sociedad. Se trata de (...) conducir al indígena por el camino de la verdadera fe, del salvajismo a la civilización. El etnocidio se ejerce por el bien del Salvaje” (1987: 57).

En este contexto, el padre de Ceferino estará obligado a pactar la paz, con los misioneros salesianos como intermediarios.

Los autores del discurso oficial afirman que a los 11 años, Ceferino le dice a su padre que “quiere ir a Buenos Aires donde podría estudiar y luego ser útil a su raza”. (Ygobone, 1968: 116).

En cambio, la otra versión, la que se contrapone a la historia oficial, afirma que para que Manuel Namuncurá firmara un pacto con el Ejército tuvo que entregar a su hijo, fue el precio de la derrota militar. La estrategia de los salesianos era ingresar o

penetrar en la cultura mapuche a través de los jóvenes, de los niños, como rezaba la providencia de Don Bosco. Y sobre todo en los jóvenes hijos de gente influyente, en este caso de un *logko* o un *toki* como Namuncurá. Esto generaría una mayor influencia el día en que volviera como sacerdote.

De una u otra manera, el resultado fue que Ceferino viajó a Buenos Aires, e inició sus estudios en el Colegio Salesiano Pío IX, en el barrio de Almagro, de la Capital Federal. Luego, prosigue sus estudios en Viedma, con la intención de ingresar al seminario para convertirse en sacerdote.

En ese momento su salud empeora, y su tutor, Monseñor Cagliero, decide emprender un viaje a Italia. Allí visita al Papa, y el Vaticano se queda maravillado de las virtudes de este “indiecito católico”. Pretende seguir estudiando, pero, al poco tiempo muere de tuberculosis, el 11 de Mayo de 1905, a la edad de 18 años.

La versión no oficial afirma que el estado anímico de Ceferino, obviamente, empeoró al sufrir la separación de su comunidad. Como producto del desarraigo, la nostalgia, todo el cambio que sufrió al sacarlo de su territorio, de su *waj mapu*, enfermó y murió. No sin antes ser “exhibido” ante el Papa, como el gran mérito salesiano.

En 1920 surgen los primeros testimonios de fe y la concreción de milagros por intermedio de Ceferino.

Recién en 1924 se trasladan sus restos a Fortín Mercedes, en la localidad de Pedro Luro, provincia de Buenos Aires.

En 1944 se inicia la causa de beatificación, causa que hasta hoy se encuentra interrumpida, y declarándose Venerable recién en 1976.

En 1986, al conmemorarse el centenario de su nacimiento, se realiza la 1º Procesión en Chimpay, justamente el lugar donde nació.

Resulta interesante agregar una reflexión final del Pueblo Mapuche sobre Ceferino. Jorge Nahuel, el *werken* de la Coordinadora de Organizaciones Mapuche de Neuquén, afirma: “La figura de Ceferino como sacerdote hubiera sido una gran afrenta para la cosmovisión, para la historia, para una identidad que exige reconocimiento, y no que se penetre hasta tal extremo”.

Luego de la partida de Ceferino a Buenos Aires, su comunidad se traslada al paraje San Ignacio, en Neuquén. La comunidad Namuncurá y sus descendientes hoy siguen viviendo allí, manteniendo vigente su cultura, su cosmovisión, sus creencias, en fin, su identidad como Pueblo Mapuche.

Chimpay: ubicación espacio-temporal

En primer lugar es necesario hacer una breve descripción del lugar geográfico donde transcurre la Fiesta de Ceferino.

Chimpay es un pueblo que está ubicado en la zona del valle medio de la provincia de Río Negro, y cuenta con una población de 3.000 habitantes.

Los pueblos más cercanos a Chimpay son: hacia el oeste, Cnel. Belisle (17km), Darwin (27km), Choele Choel (49km); hacia el este, Chelforó (34km), Chichinales (72km), Gral. Roca (128,5km). La mayoría de las localidades más cercanas a Chimpay tienen una cantidad poblacional similar a esta última.

La cuestión de las distancias no es un tema menor. Entre pueblo y pueblo el paisaje y la vegetación de tipo desértico se tiñe con la ruta 22 que atraviesa estas localidades para unirlos.

El rasgo más notable que une a estos pueblos es que han sido las víctimas de aquellos “irresponsables defensores del Neoliberalismo” que decidieron llevar adelante las privatizaciones, sin importar que miles de personas se quedaran

varadas sin el FFCC, el mejor medio de transporte y comunicación que unía a estos pueblos del sur, que los salvaba de las enormes distancias y los mantenía con vida. Así, emprendieron conciente y maquiavélicamente el plan táctico y estratégico de desaparición y muerte silenciosa de muchísimos pueblos, sin que ningún sector pudiera oponer una resistencia. Como afirma Bauman: “Despojar a una nación de sus recursos se llama ‘fomento del libre comercio’; robar a familias y comunidades enteras sus medios de vida se llama ‘reducción de personal’ o ‘racionalización’” (1999: 160). Sólo las grandes experiencias sociales y las nuevas formas de solidaridad social que se generaron en algunos lugares ayudarían a revertir esta situación genocida.

Fue así como gran parte de la población migró a los grandes centros urbanos. Actualmente, una gran parte de la población chimpayense trabaja en actividades relacionadas con la fruta, en la docencia, y desempeñándose como empleados estatales.

Chimpay es de esos pueblos, maravillosos, donde todos se conocen, donde reina una inmensa tranquilidad, donde hay una sola calle asfaltada, que es la principal. Aquí no hay secuestros, no hay shopping, no existe ese clima de violencia e intolerancia cotidiana que caracteriza a las grandes ciudades. Esto no quiere decir que no existan las problemáticas sociales a las que ya estamos tan tristemente acostumbrados a ver: las situaciones de pobreza, marginalidad, exclusión, la desocupación. Con una diferencia importante, aquí la realidad los distancia de ese tipo de sociedades, tan agobiante e intensamente consumistas, que sólo reparan en los elixires que esta globalización nos quiere imponer para ser felices, y donde la valoración de las cosas más sencillas de la vida generan, sin lugar a dudas, una mayor satisfacción.

Las prácticas que enmarcan la Fiesta de Ceferino

Como se mencionó anteriormente, podemos ver que en 1986 se realiza la 1ª Procesión en Chimpay en honor a Ceferino. Desde esa fecha, se han sucedido ininterrumpidamente hasta hoy, conjuntamente con otro tipo de actividades que se realizan cada vez en forma más organizada.

Justamente en este punto es preciso hacer un paréntesis, y empezar a ver cómo se relacionan ciertas dimensiones en el análisis de la subjetividad ceferiniana.

Recurriendo a un juego de variables, podemos ver cómo se interrelacionan hechos históricos, lugares, el pasado y el presente. Este juego de variables es el que nos permitirá comenzar a entrever la constitución de la identidad de los sujetos.

Decimos que Ceferino nació y vivió hasta los 11 años en Chimpay, el mismo lugar donde todos los años se lleva a cabo la Procesión en el marco de la Fiesta en honor a Ceferino.

Decimos, además, que falleció hace 99 años y que sus restos se encuentran aquí cerca, en Pedro Luro.

También es preciso tener en cuenta que la vida de Ceferino es conocida por la mayoría de los fieles y lugareños, y que, por otra parte, se puede observar en los afiches de la Fiesta una foto de Ceferino tomada poco antes de morir.

Este bagaje de datos son cuestiones que no habría que relativizar, porque nos servirán como clave y jugarán un rol muy relevante a la hora de plasmar cuál es la identidad que se construye.

Es por eso que los conceptos de lazo social y de identidad en principio nos sirven como conceptos disparadores para explicar a qué nos referimos cuando hablamos de identidad regional y la reconstrucción del lazo social ante la fragmentación y el debilitamiento social.

➤ La Semana de la Fe y la Fiesta de Ceferino

La última semana del mes de Agosto se realiza la Semana de la Fe, también llamada Semana Ceferiniana. Durante ese período se llevan a cabo diversas actividades: misas, encuentro de jóvenes, la afluencia de peregrinos que llegan en distintos días para honrar a Ceferino, la instalación de la feria de artesanos.

El lugar donde acuden los fieles para venerar a Ceferino es el Parque Ceferiniano. Allí se encuentra su imagen tallada en madera, dentro de un santuario. También hay una santería y una candelabro gigante en forma de cruz .

Además está el parque, un predio enorme de campo rodeado de álamos, parrillas, y el polideportivo, que es el lugar donde se realizan las misas.

Es el epicentro de reunión, de devoción, de encuentro con Ceferino. El lugar no podría ser más adecuado: una inmensa calma y silencio lo caracteriza.

El día más importante es el último domingo de Agosto de la Semana de la Fe. Es el cierre de las festividades, donde confluyen las prácticas más importantes y arriba la mayor cantidad de peregrinos y fieles. Este día es la verdadera Fiesta en honor a Ceferino.

➤ La Procesión

El domingo se realiza la procesión a las 9 de la mañana. Se parte desde la Cruz del Vº Centenario, un lugar ubicado justo donde termina el pueblo, caminando lenta y silenciosamente durante 2 horas, con la Virgen de Luján a la cabeza. Dentro de una camioneta un grupo de personas va rezando el rosario. Los jinetes se ubican detrás de la procesión. Hay muchos padres que caminan con sus hijos, a pesar de las bajas temperaturas, de la lluvia y el viento.

Un poco antes de llegar al parque, se saca la estatua de Ceferino del santuario, y se une a la procesión rumbo al polideportivo, donde se realizará la misa central.

➤ La misa central

Al entrar al polideportivo, una multitud de fieles sacuden pañuelos blancos para honrar a Ceferino. El Obispo de la zona, el Padre Marcelo Melani, oficiará esta misa. Años anteriores el Gobernador asistía a los festejos, hecho que ya no ocurre. El Obispo en su homilía dará palabras de aliento a los fieles para que tengan fe y sigan luchando, e increpará a los gobernantes de turno y a los sectores dominantes para que den una respuesta a las problemáticas sociales de las que adolece la población de la región.

➤ Tocar la estatua

Terminada la misa, la estatua de Ceferino es conducida hasta el santuario, dejándola afuera del mismo. Allí los fieles comienzan a hacer una fila para poder llegar hasta la imagen y tocarla. Este momento es único para los devotos, porque durante todo el año la imagen permanece dentro del santuario.

La emoción invade a los fieles ceferinianos: lo miran como si estuviera vivo, le susurran sus pedidos, las lágrimas bañan los rostros de muchos, la ansiedad por estar cerca de Ceferino es inmensa. El panorama es increíble: la fe colectiva irradia fuerza y maravilla, y hasta contagiaría al más incrédulo.

Tal vez esta conexión y estas experiencias subjetivas guarden relación con que Ceferino, a diferencia de otros símbolos populares, es un personaje histórico. Su corta existencia es ampliamente conocida, sus primeros once años de vida transcurrieron en este preciso lugar. Su foto tomada poco antes de morir muestra al verdadero Ceferino: al Ceferino mapuche, no al Ceferino “blanqueado” de las estampitas. Sus descendientes, sus hermanos, se encuentran desparramados en la región. La cercanía con los hechos, con los lugares y con la historia del Pueblo Mapuche es una cuestión que no debe subestimarse en la memoria colectiva que

alberga el sujeto ceferiniano. Por otra parte, puede observarse que muchos fieles, por sus rasgos físicos tienen ascendencia mapuche. Lo triste es que hoy muchos mapuches no se reconocen como tales, como producto de la marginación y exclusión del Pueblo Mapuche, y de la corrosión de una identidad.

➤ La conceptualización del Centro

El lugar donde encontramos el santuario con la imagen de Ceferino constituye el Centro. Como afirma Rubén Dri, el Centro es el que le da sentido a las prácticas de los fieles (1993).

Este lugar que representa el Centro no podría estar mejor “acondicionado”. Todo encaja perfectamente: el santuario con la imagen tallada en madera, en una planicie elevada, en el medio del parque, al aire libre, el sonido del viento y del río, la cruz blanca de 2 m. de alto, las paredes con placas, el candelabro gigante. Pareciera ser como si todo hubiese sido perfectamente ideado. Este es el lugar para honrar a Ceferino, y este Centro no deja de irradiar energía y fuerza. Es un Centro que, de hecho, tiene energía propia.

Anteriormente se mencionó que los restos de Ceferino habían sido traídos de Roma y llevados a Fortín Mercedes. Esta es una situación irónica para los fieles, qué mejor lugar que Chimpay para que los restos de Ceferino descansen en el lugar que lo vió nacer, en su tierra.

Este Centro hoy, en la Fiesta de Ceferino, multiplica su energía.

➤ El compartir

Una vez que finaliza la misa central, los fieles se reúnen para almorzar. Las familias en el camping preparan el asado. Los fieles que han venido desde lejos en colectivo y en grupos, se desparraman por el parque o se instalan en el polideportivo donde

se celebra la misa para compartir el almuerzo. Han traído algo de comida de sus casas, y comparten el mate, charlan, disfrutan.

El componente colectivo de esta subjetividad queda manifiesto, y en donde el ser con el otro y el compartir caracteriza este conjunto de prácticas explícitamente.

El hecho de venir hoy a la Fiesta de Ceferino podría catalogarse como una “salida”.

Este tipo de acontecimientos, de fiestas populares, constituyen un quiebre en la cotidianeidad, un romper con la rutina de muchos sujetos que encontramos hoy aquí.

Porque hablamos de otro ritmo y estilo de vida, de otras prácticas, de otras formas de pensar y sentir.

La forma de vida de los pueblos de esta región se contrapone a la de las grandes ciudades. Estos pueblos tienen una historia propia para contar, una historia local que configura una identidad regional. Es por eso que cuando hablamos del sujeto ceferiniano, debemos tener en cuenta la influencia del medio, que marca estas subjetividades y construye un cierto tipo de identidad.

Al observar cómo se establecen las relaciones sociales, uno no puede dejar de pensar en el sentido de lo colectivo y de su fuerte impronta en la construcción del lazo social. La imagen de estos pueblos se contrapone a lo que expresa Beatriz Sarlo cuando afirma: “Vivimos en la era del individualismo” (1994: 114). Porque en este punto, se deben recalcar las diferencias que existen entre lo ciudadano y lo pueblerino.

La tradición familiar

Este domingo, representa el día principal en la “Semana de la Fe”, porque tienen lugar las prácticas más importantes, a las que ya nos referimos anteriormente, y dan

cuenta del sentido del compartir en comunidad primeramente, y en familia en segundo lugar, este tipo de experiencias subjetivas.

Llama la atención encontrar una enorme cantidad de familias que han venido hasta Chimpay para vivir esta fiesta. Vemos muchas familias, más o menos devotas de Ceferino, que han venido este día domingo, para compartir una salida y vivir en familia esta fiesta. No deja de ser sorprendente, porque un fenómeno creciente que se percibe en la actualidad es la desintegración de la idea de familia, entendiéndose por esto no sólo el abandono de la constitución de la familia tradicional: *En las últimas décadas se ha hecho notorio, en nuestra sociedad, el aumento de las separaciones y divorcios. (...) Ya no se piensa en el «matrimonio para siempre». Los lazos son más efímeros, o se encuentran en constante redefinición* (Margulis, 2000: 13), sino también como la pérdida de ciertos valores y costumbres. Esta realidad, a su vez, va acompañada de un creciente proceso de individualismo a medida que la sociedad avanza (como vimos anteriormente en la afirmación que hace Sarlo, y que es necesario, quizá, pensar este fenómeno como característico de las grandes urbes).

Del mismo modo, las entrevistas dan cuenta de la existencia de una transmisión de esta devoción por Ceferino de padres a hijos. Como una forma de herencia, como una devoción heredada. El que participe toda la familia se convierte en un fenómeno llamativo, y muchas veces, en otros casos similares esto no se observa. Al hacer referencia anteriormente al proceso de individualismo que se percibe hoy día junto con la descomposición de la idea de familia tradicional, se ha querido exponer cuán relevante es el hecho de advertir que estos fenómenos se perciben como ajenos en el ámbito de la Fiesta de Ceferino, en donde queda manifiesta la fuerte presencia de vínculos familiares como un rasgo notorio de esta devoción.

Experiencias subjetivas y percepciones

En primer lugar es importante plantear que Ceferino, a diferencia de otros símbolos populares, es un personaje histórico. Esto quiere decir que su historia es conocida por todos, devotos y no devotos. Su historia, también, es mucho más cercana y palpable. Cuando hablamos de otros símbolos populares, en general, sus historias son construidas por medio de etiologías y sagas.

Alrededor de Ceferino quedan incógnitas abiertas: de su vocación, de sus raíces, de la apropiación y manipulación cultural, de la verdadera versión de los hechos.

Muchos fieles dudan de las bondades de la Iglesia para con Ceferino. Pero, más allá de estos interrogantes que dejamos sin responder, lo importante es ver aquí cómo actúa este símbolo en los fieles, cómo el sujeto ceferiniano se siente identificado y atraído por Ceferino, porque “el símbolo es parte constitutiva de su ser” (Dri, 1993: 36). Lo importante, también, es ver a Ceferino como el intermediario entre los fieles y Dios, o como lo define Abelardo Soneira: *El símbolo es mediador, puente, entre lo empírico y lo supraempírico* (Soneira, 1996: 27).

Las cuestiones entre “el más acá” y “el más allá” constituyen una característica por demás importante. Él está más acá, y esto es lo que sostiene a sus fieles. En la devoción por Ceferino se conjuga, junto con la fe, las nociones de proximidad y localidad. Es por este camino que los sujetos recorren por donde hay que empezar a desentrañar cómo se construye su identidad popular.

Cuando hablamos de la proximidad, nos referimos, en primer lugar, a la cercanía, que alude a que se conoce su historia, su vida, quién fue, y que, además, se trata de

una historia reciente. Y en segundo lugar porque el fiel está en Chimpay, el lugar donde nació y vivió la mayor parte de su vida Ceferino.

La localidad se enfoca a moldear una cultura popular, a contar una historia desde el pueblo, a construir una identidad regional. Porque parte de su historia Ceferino la vivió acá, en Chimpay, y esto hace que esté mucho más cerca de los fieles. En este sentido, podemos percibir una cuestión de sensibilidad para entender el por qué de la veneración, y es posible rastrear algunas claves en torno a la vida de Ceferino, a su historia y a su identidad. La sociedad no mapuche se solidariza con el Pueblo Mapuche, por la terrible situación que tuvo que atravesar. Este rasgo también puede verse en la construcción de identidad. Tal como nos dice el *werken* (vocero) de la Coordinadora de Organizaciones Mapuche de Neuquén: “La figura de Ceferino genera muchas contradicciones, en el Pueblo Mapuche por un lado. Está promovido por una Iglesia evangelizadora, que buscó convertir y transformar la cosmovisión mapuche. Y mucha gente adhiere a él por una cuestión de sensibilidad hacia el Pueblo Mapuche. Entonces es una cuestión muy contradictoria. Nosotros decimos siempre que Ceferino es una muestra del manipuleo, el intento de una Iglesia para penetrar en el Pueblo Mapuche”.

Lo único que resta agregar aquí es que la nueva parroquia que se está construyendo en el Parque Ceferiniano está diseñada en forma de “toldo”. Será tal vez como signo de solidaridad y respeto o pedido de perdón hacia el Pueblo Mapuche, al que se buscó convertir al catolicismo.

Pugna por el discurso legítimo

Como corolario de esta devoción por un símbolo popular, podemos ver que existen dos sectores que se enfrentan. Por un lado, la Iglesia Católica, sus representantes y

su marco doctrinario (la religiosidad oficial); y por el otro lado, los fieles ceferinianos, con su fe y su cuestionamiento o no hacia la Iglesia (la religiosidad popular).

El discurso oficial se encuentra signado por la dualidad: culpa y acusa a los fieles, los increpa por apartarse del camino del catolicismo, venerando en ocasiones ciertos fetiches. Pero también se compromete en la lucha por ellos. Es común que en la homilía de la misa central el Obispo Melani denuncie las problemáticas sociales, enfrentándose con el gobierno y con las grandes empresas, a favor de los que sufren y padecen la pobreza, la desocupación, el abandono, la marginación, etc.

Pero el discurso de la Iglesia intentará atraer esta religiosidad popular dentro de su dominio: “El fenómeno ceferiniano se enmarca dentro de la religiosidad o piedad popular, con sus características propias, y esto plantea a los agentes de pastoral la necesidad de valorar y tomar en serio esta realidad, orientándola debidamente, para que pueda encontrar su marco cristológico y eclesial” (Noceti, 2000: 145).

Y esto es así porque se da una lucha hermenéutica entre la religiosidad oficial y la religiosidad popular, en donde la religiosidad oficial se embarca en una lucha constante para que su discurso sea más legítimo que el de la religiosidad popular, para que triunfe sobre éste, y para que prime su proyecto y su visión.

De hecho, sigue reproduciendo el mismo mecanismo de negación, como en la época de los misioneros con los Pueblos Originarios, para que sólo sea legítimo su discurso. Es decir, no deja ser a los sujetos lo que realmente quieren ser, niega una subjetividad que intenta erigirse por fuera o en los márgenes del discurso oficial.

La identidad que se construye tiende a reconocer esta visión que le es impuesta. Es así como quedan las contradicciones sin resolver: la Iglesia Católica está oficiando las festividades de un símbolo que en realidad fue una víctima, apropiada, conquistada, sometida por la cultura del blanco. Lleva a cabo una celebración que

en realidad tiene poco y nada que ver con la cultura, con la cosmovisión del Pueblo Mapuche. Esto significa el no reconocimiento del otro, la negación y la imposición de una ideología. Esta es una contradicción insalvable que los fieles intentan recuperar y superar. De aquí la importancia del papel que cumple la memoria, y de cómo juega en la subjetividad ceferiniana para resistir y colectivamente registrar experiencias que le son propias. “Por ello es tan importante la *memoria*, pues sin ella desaparecemos. Si no logramos reconocernos en el niño que fuimos, en nuestras raíces, en nuestros antepasados, no tenemos identidad. La memoria nos constituye como seres, como sujetos. Sin ella directamente no somos” (Dri, 2002: 120).

A modo de cierre

A lo largo de este trabajo hemos podido ver cómo se construye la identidad de los fieles ceferinianos, una identidad regional que se erige teniendo como base las cuestiones que hacen a la localidad y a la proximidad.

Hemos podido ver, también, cómo se lleva a cabo la “(re)construcción” del lazo social a partir de algo que se retoma, en este caso valiéndose de la memoria. Dicha “(re)construcción” es la que le permite a los sujetos enfrentar las situaciones de debilitamiento social, y esto, junto con la fuerte presencia del componente colectivo que caracteriza a sus prácticas, les permite contar una historia desde su interior, desde lo más profundo de su ser, lo cual es lo que los constituye como pueblo. Es una construcción a partir de algo que ya se tenía, que permanece latente y que emerge en ciertas ocasiones.

Quise contar en este trabajo los saberes, los sentires y los pensamientos (como dice Carla Wainsztok) de un sujeto social: los fieles ceferinianos; pero al mismo tiempo,

quise extender este relato y caracterización hacia la población del sur, que tiene mucho para contar.

Por eso creo importante recuperar los saberes y el sentido de las prácticas de los fieles en torno al fenómeno ceferiniano. Porque esas prácticas que enmarcan la fiesta, que los une como sujeto colectivo, esas formas de pensar y sentir, pueden proyectarse hacia otros ámbitos de la vida social. A esto apunto cuando me refiero a la “construcción”: a proyectar determinadas prácticas que los unen en ciertas ocasiones a otros momentos de sus vidas, a otros ámbitos fuera de lo religioso. Me refiero a la construcción a partir de cero, o a una construcción sobre algo nuevo. Esto se refiere a extrapolar sus prácticas hacia la esfera de lo social. Se refiere, también, a que estas prácticas y estos saberes sean los que les permitan unirse para enfrentar los problemas que los aquejan, como producto de la fragmentación social, y que permita que los sujetos se piensen a sí mismos como generadores de un cambio social. Si pueden unirse y constituirse como sujeto colectivo para venerar a un símbolo popular, esto quiere decir que también es posible que puedan unirse para afrontar las problemáticas sociales cotidianas, como sujeto colectivo, fomentando su participación ciudadana y formando movimientos sociales y nuevas formas de solidaridad social. Por eso creo que se trata de una relación dialéctica entre “(re)construcción” y “construcción”: porque una no puede pensarse sin la otra en la constitución de esta subjetividad que posee una identidad regional. Este trabajo tiene una intencionalidad ideológica que en este momento hago explícita. Cuando se escribe un artículo, un libro, una ponencia, etc., siempre se propugna cierta intencionalidad ideológica, es decir, un conjunto de ideas, de pensamientos que el autor quiere transmitir, dar a conocer.

Cuando elegí trabajar con Ceferino y con los fieles ceferinianos quise contar cómo se llevaba a cabo la construcción de subjetividad, y al mismo tiempo estaría tratando de dar cuenta sobre la historia de un pueblo en Río Negro, en el sur del país. Aquí hay una intencionalidad ideológica. Porque quería mostrar cuáles eran las relaciones sociales que se establecían fuera del ámbito o del medio social al que estamos acostumbrados a vivir todos los días. Quería mostrar que no todo lo que pasa en el “centro” (esto es, Capital y Conurbano Bonaerense) es lo mismo que pasa en la “periferia” (en el interior del país), y que muchas veces en esta Facultad no se tiene en cuenta.

Esto tiene que ver también con el debate que se plantea hoy acerca del papel de la Universidad, de la Facultad de Ciencias Sociales, y más específicamente, de nuestro rol como sociólogos. Por eso me parece importante empezar a reconocer los errores y omisiones de la Sociología, de las investigaciones, de las lecturas que se hacen acerca de la realidad social. Me parece importante reivindicar a las voces desplazadas que no se escuchan en los análisis que se hacen desde el centro, a los sujetos, pueblos y hechos relegados del estudio y de la investigación sociológica. Creo importante, además, mantener una postura que no sea cómplice de un discurso al cual no le interesa, se olvida, suprime, no valora, no tiene en cuenta lo que ocurre en la periferia. Y para esto es preciso correrse, salir del centro y ver qué pasa en el interior del país, en la Argentina en su totalidad.

La apuesta es a no generalizar, es decir, a sostener que lo que ocurre acá es lo mismo que ocurre más allá de las fronteras de Capital y el Gran Buenos Aires. Para esto es sumamente relevante respetar y reconocer que existe una diversidad de pueblos, culturas y sujetos que no se caracteriza por la igualdad. Que no existe un único ser nacional, sino múltiples seres. Que estamos atravesamos por una cantidad

de problemas similares, pero que tenemos diferencias culturales y sociales. Sin embargo, nos une el habitar el mismo territorio, la lucha colectiva hacia un futuro mejor, y la firme convicción de construir un país en donde haya lugar para todos.

Bibliografía

- Clastres, Pierre (1987): *Sobre el etnocidio*, en Investigaciones en antropología política, México, Ed. Gedisa.
- Dri, Ruben (1993): *Identidad, memoria y utopía. Estado, legitimación y sentido*, en Colección Estudiantil N° 1, Buenos Aires, Ed. de la Secretaría Académica, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Dri, Rubén (2002): *Racionalidad, sujeto y poder*, Buenos Aires, Ed. Biblos.
- Sarlo, Beatriz (1994): *Escenas de la vida posmoderna*, Bs. As., Ed. Ariel.
- Bauman, Zygmunt (1999): *La globalización. Consecuencias humanas*, Bs. As., FCE.
- Noceti, Ricardo (2000): *La sangre de la tierra*, Bs. As., Ed. Didascalía.
- Soneira, Abelardo (1996): *El fenómeno religioso*, en Sociología de la religión, Bs. As., Ed. Docencia-Hernandarias.
- Ygobone, Aquiles D. (1968): *Ceferino Namuncurá. Redentor de su raza de bronce*, Bs. As., Ed. Huemul.